

Queridos hermanos:

Empecemos hoy por la segunda lectura, porque en ella se revela un principio fundamental de nuestra fe.

San Pablo se dirige a Timoteo. Timoteo era hijo suyo en la fe, hijo de su predicación en Listra. Después Pablo lo llevó con él en su segundo viaje misionero y lo hizo compañero suyo en el anuncio del Evangelio, compartiendo con él mil los duros trabajos por el Evangelio. San Pablo escribe a Timoteo desde Roma, donde ha llegado preso. Y Timoteo permanece ahora en Éfeso, una importante ciudad de Asia Menor, como obispo. Por tanto, San Pablo escribe a su hijo en el espíritu, a su amigo, a su compañero, a un pastor de la Iglesia. Y le escribe para darle consejos sobre como tiene que ejercer su servicio al Pueblo de Dios. Así es como tenemos que escuchar la segunda lectura.

Y le dice: **«Te ruego, lo primero de todo, que hagáis oraciones, plegarias, súplicas, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que ocupan cargos, para que podamos llevar una vida tranquila y apacible, con toda piedad y decoro»**. Uno de los deberes cristianos es la oración por los otros, la oración por todos los hombres: somos un pueblo sacerdotal, esto es: un pueblo que prolonga en el tiempo y a lo largo de las ciudades y de las naciones la oración que Jesús dirige a su Padre desde la cruz: «Padre, perdónales». Una obligación del pueblo cristiano es pedir por todos los hombres: por los buenos y por los malos, por los regulares, por todos. Y en especial por los que sufren por cualquier causa o motivo, aún por los que sufren por culpa propia. Pero san Pablo, en este caso, especifica que debemos orar por los que tienen poder. El deseo de Pablo tiene un objeto: que gobiernen con justicia, de tal modo que podamos llevar una vida en paz y así se pueda ofrecer el Evangelio a todos. El deseo de Pablo es que todos los hombres puedan llegar a conocer a Jesucristo, a través de la libre predicación y testimonio del Evangelio. Y para que esto sea posible es necesaria la paz, un clima en el que con toda humildad y respeto podamos ofrecer a los hombres aquel Don que Dios nos ha dado: a su Hijo JESÚS. Sin este clima de libertad, de paz, es imposible que el anuncio del Evangelio llegue a todos. Mirad si hay motivos para que nosotros recemos, porque hay muchos sitios, por ejemplo en todos los países musulmanes, donde no podemos anunciar libremente el Evangelio. Y en muchos de esos lugares, como Nigeria, o Siria o Egipto, los cristianos está sufriendo dura persecución por parte de algunos. Pero podemos mirar entre nosotros, aquí no nos mandan a la cárcel, pero el clima es tan hostil a todo lo que suene a «cristiano», que se nos pide que no hablemos, que no demos nuestra opinión; se ridiculiza el mensaje cristiano y se deforma o se ignora la historia de la Iglesia. Así se crea un clima no precisamente pacífico, donde no se puede ofrecer con humildad pero con libertad, con tranquilidad de espíritu el Evangelio a todos. Así pues, hay motivos para que recemos.

Daos cuenta de que san Pablo escribe esto seguramente desde Roma a la que ha llegado preso y donde finalmente morirá decapitado.

Y es importante entender por qué quiere Pablo que el anuncio del Evangelio llegue a todos. No para hacer crecer a la Iglesia como institución, no porque él ambicione más poder o más influencia personal. Si la Iglesia evangeliza —si predica o atiende a los pobres o abre colegios...— no le es lícito hacerlo como instrumento de propio crecimiento, debemos hacerlo sólo para que los hombres puedan conocer a Jesucristo. San Pablo dice enseguida el por qué: Porque **«Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»**. La verdad no es una teoría sobre el mundo o sobre el hombre, la verdad es una persona que nos ha amado, que nos ama, cuyo amor nos salva de nosotros mismos y nos abre el camino de un amor infinito y eterno, el amor de Dios, el amor trinitario de Dios. La verdad es Jesucristo (**«Yo soy la verdad»**). Conocer esta verdad es unirse a ella por la fe y el amor. Sólo eso salva al hombre. Y Dios quiere, que todos los hombres se salven. Aquí está la raíz de todo. Dios ama al hombre, no a la especie humana en general; Dios quiere al hombre de verdad, a ti, a mí, a tu vecino, al mendigo que está en la puerta, a tu padre... a todos, pero a cada uno por sí mismo. Busca y quiere la salvación de todos. No nos hacemos a la idea: Dios tiene un corazón compasivo. No es un ser frío y calculador que mira nuestros sufrimientos desde la distancia. Dios es compasivo, padece con el que padece. Por eso san Pablo quiere la paz y quiere que se pida por los gobernantes, para que se pueda predicar con libertad el evangelio, para que todos tengan la oportunidad de conocer a Cristo y salvarse, es decir, heredar la vida eterna que él nos ha ganado con su muerte y su resurrección.

San Pablo quiere anunciar el Evangelio por el mismo motivo por el que veíamos el domingo pasado que Jesús comía con los publicanos: porque Dios es compasivo. Y su compasión se extiende a todos.

Así se entiende mejor también la dura advertencia de la primera lectura. El profeta Amós denuncia la falta de compasión de su pueblo. El que da culto verdadero al Dios verdadero no puede sino ser compasivo con los que sufren, porque el que ama a Dios ama lo que Dios ama. Pero es fácil que mantengamos las formas externas cristianas y sin darnos cuenta dejemos de amar a Dios para amar el dinero. Cuidado con la ambición que es una idolatría. Y el que ama el dinero se vuelve duro de corazón, más aún se vuelve injusto y cruel. Eso es lo que denuncia Amós: Estáis esperando que pase el día de fiesta para poder vender y amasar más dinero, y en vuestro culto al dinero, en este afán por hacer más dinero, sois capaces de todo: engaños, defraudáis, sois capaces de vender hasta el salvado del trigo, es decir la cáscara del trigo, que nada vale; y os aprovecháis de los pobres.

Esto es un pecado incompatible con Dios. **«Jura el Señor que no lo olvidará»**, dice el profeta. Sencillamente porque Dios es compasivo, es lo contrario a la crueldad, a la frialdad. Pero este pecado de la injusticia, de la dureza de corazón, de la crueldad, nace siempre en aquel que deja crecer en él un amor desmedido al dinero. Resuenan las palabras finales del Evangelio: **«No podéis servir a Dios y al dinero»**. Y ojo, porque para servir al dinero, para entregarse a la ambición, no hace falta ser rico. La ambición no consiste en tener riquezas, sino en ambicionar las que se tienen o las que no se tienen, como si en ellas nos jugáramos la vida.

La única cosa en la que nos jugamos la vida es en el conocimiento de la verdad, en el amor y la fe, que nos consiguen la vida eterna, todo lo demás es secundario y así debemos vivirlo.

Me preguntaréis: «¿No puede un cristiano querer ganar dinero y progresar»? Y yo os diré: Pude, si el dinero no se convierte en un fin en sí mismo, sino que está dispuesto a usarlo para hacer el bien,

primera cosa; y segunda condición, si gana ese dinero sin engaño, sin fraude, sin aprovecharse de los que sufren. Pero tened cuidado, porque fácilmente le damos el corazón a las riquezas. Cuando descubras que dejas de hacer el bien, para ganar más dinero; cuando descubras que el dinero que haces no lo empleas para hacer el bien... es que has dejado que se introdujera en el santuario de tu corazón este falso dios. Si no te arrepientes y pides perdón y buscas la gracia de Dios, la ambición terminará por secarte el alma.

Jesús, por el contrario, nos da un consejo sobre cómo usar el dinero, este dinero que muchas veces está manchado de injusticia: **«haceos amigos con el dinero injusto, para que cuando os falte os reciban en las moradas eternas»**. Mirad, los bienes que hemos recibido son todos de Dios: el ser, la inteligencia, la capacidad para dominar el mundo y crear riqueza, todo lo hemos recibido. No somos dueños, somos sólo administradores, no somos dueños ni de nuestra vida: usemos de todos los bienes de tal forma que cuando llegue el día del juicio, Dios escuche a tu hijo decir: «mi padre no fue tacaño para procurarme las cosas que realmente eran buenas para mí, se quitó él de lo suyo para darme a mí lo que necesitaban». Que ese mismo día tus propios padres, o los padres de tu esposa, le digan a Dios: «tampoco con nosotros ahorró por socorrernos en nuestras necesidades cuando éramos viejos. No se desentendió de nosotros cuando ya perdíamos la cabeza». Que ese mismo día tu vecino o tu compañero o una legión de pobres desconocidos se levanten en el juicio y digan: «a mí me ayudó».

Dios es compasivo: ha entregado a su Hijo por amor nuestro. Sólo si nos hacemos compasivos podremos participar de ese amor. El amor así ejercitado, el ejercicio de la caridad, borra muchos pecados, porque nos transforma con el mismo poder del amor de Dios. Sólo así nos acogerán en las moradas eternas.

Entendamos que Dios es compasivo, que ha buscado nuestra salvación y que quiere la salvación de todos. Recemos por todos. Recemos por los que gobiernan el mundo. Corrijamos nuestro corazón ambicioso, amemos a Dios sobre todo y seamos compasivos también nosotros con los que padecen.

Alabado sea Jesucristo.

Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.